CUARESMA 2020

UN TIEMPO PARA RETORNAR A LO HUMANO

Vivimos en una pelea permanente con el tiempo. Da la impresión de que el tiempo de cada uno está a su vez en contra del tiempo de los otros, incluso de los amigos. Quisiéramos todo el tiempo para nosotros, pero también comprendemos que, sin el tiempo de los otros, nos asfixiamos porque, aunque los demás muchas veces nos urjan, otras veces nos dan también respiro. Discernir y utilizar bien el tiempo es tan necesario como la más elemental forma de aprendizaje, pues el tiempo es el corazón de la existencia.

Occidente, por querer dominar el espacio, perdió dominio sobre el tiempo. El espacio es para tener; el tiempo, para ser. El espacio se posee, el tiempo se da; el espacio se controla y siempre lo que logramos en el espacio se termina dramáticamente en el límite del tiempo. No son las cosas las que dan significado al tiempo; es el momento lo que da significado a los lugares. La sabiduría del hombre con respecto al tiempo consiste en saber convertir el tiempo en eternidad, más que llenar el espacio, de cosas, edificios, puentes o monumentos. Por eso hay más sabiduría en la oración que en la geometría o los computadores.

La biblia tiene más preocupaciones por el tiempo que por los espacios; prefiere hablar de las generaciones que de los lugares; tiene más interés por la historia que por la geografía; es más cercana a los acontecimientos que a los sitios. Los temas principales de la fe residen en el dominio del tiempo: recordamos el éxodo, celebramos el domingo como día del Señor y esperamos su retorno en el tiempo. Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, Pentecostés y el tiempo ordinario son asimismo una arquitectura litúrgica del tiempo.

Mientras que nuestra vida asciende desde la infancia hasta la plenitud, y desciende desde la plenitud a la vejez, otro tiempo, otro ritmo va acompasando nuestros pasos y va convirtiendo nuestro tiempo en Providencia, gracia y alegría de salvación. El hombre pierde la sabiduría del tiempo cuando altera sus ritmos: el tiempo destinado a descansar, lo dedica a trabajar; el tiempo del silencio lo dedica al ruido; el tiempo de comer, a los negocios; o el tiempo de Dios, a vacaciones.

LA CUARESMA, TIEMPO DE DIOS

La Cuaresma busca poner en el centro no nuestras propias ocupaciones sino las preocupaciones por Dios: la oración, el ayuno, la limosna, la reconciliación, la escucha de la Palabra, la celebración de la Eucaristía y la solidaridad como comunicación cristiana de bienes. En tanto que tiempo penitencial por excelencia encuentra todo su sentido no poniendo el acento sobre nuestros pecados sino más bien en el corazón de Dios y en su misericordia insondable. No entendemos el sentido de este tiempo litúrgico si permanecemos encerrados en nuestros propios asuntos: nuestras faltas las obras externas con las que pretendemos limpiarlas. Solo el que se siente hijo pródigo y se decide a regresar a la casa del Padre puede comprender el corazón de Dios.

La experiencia de la prodigalidad del Padre es el origen de la reconciliación. Esta palabra, que en la Biblia es exclusiva del vocabulario paulino((2 Cor 5,18;Ef 2,16;Col 1,20), significa que Dios no se fija en los pecados, sino que más bien convierte en justo al pecador, gratuitamente lo transforma, sin cobrarle: desconoce los pecados para reconocer al pecador como hijo. Me transforma a mí para yo cambiar a otros. De esta manera, el criterio central de la conversión cristiana es su manera de proceder con el otro. Karl Rahner pensaba que solo había experiencia de Dios cuando uno se sentía movido en función del otro.

En nuestro medio, no poca gente sigue permitiendo a la Iglesia poner ceniza y agua en forma de cruz sobre su frente. Este gesto simple de la liturgia nos recuerda que, si bien el agua bautismal no se ha perdido, nuestra precariedad no ha terminado. Es cierto que, por nuestro pecado, el agua se ha enturbiado y la ceniza se ha vuelto fango, manchándonos no solo a nosotros sino a los que caminan junto a nosotros. Pero cada Miércoles de Ceniza venimos a la Iglesia para decirle al Señor con nuestra fragilidad a cuestas: "Señor tú sabes todo tu sabes que te quiero"(Jn 21,17). El Miércoles de Ceniza ponemos nuestra frente ante la mano misericordiosa de la Iglesia para que vuelva a signarnos con la cruz hecha de ceniza y agua.

Toda la Cuaresma es una llamada de Dios a nuestra puerta. Cada día tocará y cada noche llamará la atención para advertirnos algo por medio de la Palabra, la predicación, la oración, los signos sacramentales y cuaresmales: "Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y el conmigo" (Ap 3, 20). "Véanlo parado tras de la cerca, mirando por las ventanas, atisbando por la reja. Vedle que ya se para detrás de nuestra cerca" (Ct 2,9)

Si somos nosotros quienes nos convertimos, el esfuerzo es el centro, la piedra angular, de la conversión. Pero por desgracia, hoy parecen estar más débiles que nunca las tres mayores ayudas con las que hemos contado, a saber, el ayuno, la oración y la limosna. El ayuno se ha abaratado como simple condición para la estética corporal y la salud; la oración está siendo desplazada por técnicas de interiorización; y la limosna va teniendo mala imagen, al punto de que, en tanto que es creadora de dependencia, fomentadora de la mendicidad y foco de mayor pobreza e inseguridad social, incluso se habla de prohibirla, cosa por demás intentada ya en algunas localidades. Sin embargo, ninguna de las tres experiencias así expresadas tiene algo que ver con la Cuaresma, es decir, con la conversión. Hemos de decir que lo anterior ocurre porque esta es percibida ante todo como un esfuerzo personal, ciertamente loable, para cambiar de vida. El problema es que todo suele terminar siendo un programa de propósitos de buena voluntad: una "casa en el aire", como en la canción y no una "casa edificada sobre roca" como en boca de Jesús (Mt 7,21-29).

Pero la conversión es más bien la respuesta a una petición de la fe: "¿Qué quiere Dios de mí? De inmediato Dios nos responde: "Que me dejes actuar en ti". Entendida así, la conversión nos aparece entonces como obra exclusiva de Dios si le permitimos actuar. Como proyecto mío, en cambio, es obra piadosa, fruto de mi propio esfuerzo y no una actitud de permanente disponibilidad a la acción de Dios en nosotros. El primero que se dio cuenta de que Dios obraba en Él, fue Jesús, quien por lo mismo se convierte en nuestro referente para ver cómo actúa Dios. Por eso el papa Francisco nos ha repetido, con la certidumbre de su

propia experiencia, que convertirnos es volvernos a Dios que está en el corazón de cada ser humano. ¿Cómo explicar este giro, esta búsqueda de lo divino que, como en un truco de admirable prestidigitación, termina no elevándonos a una esfera luminosa y lejana sino acercándonos a nuestros semejantes? La respuesta se halla en la vida misma de Jesús, quien se dejó llenar de Dios su Padre, "pasó haciendo el bien y sanando a los poseídos del Diablo, porque Dios estaba con él" (Hch 10,38). Servir a la gente con compasión fue el camino a través del cual Jesús expresaba su cercanía con el Padre.

La compasión, que es sentir dolor por el dolor del otro es la señal de que se está amando. En la parábola del Buen Samaritano este es llamado bueno por su compasión. La parábola surge como respuesta a la pregunta: "¿quién es mi prójimo?" (Lc 10, 29b) y pone en escena a tres personajes, un sacerdote y un levita, judíos de alto rango en el templo y a un extranjero de Samaria. Huelga decir que al levita, en razón de sus funciones sacerdotales, le está prohibido tocar un muerto so pena de quedar impuro, es decir, inhábil para ayudar en el culto según las leyes de la higiene religiosa. Lo mismo vale para el sacerdote: afanado quizá por evitar la impureza al acercarse la celebración de la Pascua. El samaritano, que en el fondo es Jesús mismo, pues repite sus actitudes, movido por la compasión, se detiene y se acerca; mira al hombre herido, se conmueve duele y lo toma sobre sí. Al final, la parábola toma un cariz inusitado: el prójimo no es el que está tirado en el suelo, sino el que se le acerca. Se revela entonces en toda su magnitud el sentido de la palabra prójimo: próximo, aquel que se aproxima, quien sale al encuentro con audacia, por encima de sus obligaciones jurídicas o cultuales sin esperar que el herido se ponga de pie. Ese replanteamiento o proceso es lo que llamamos conversión. Por eso entonces, si convertirse es volverse a Dios, el único lugar donde Dios está vivo es en el otro, en todos los seres humanos y en general allí donde palpita la vida. Nadie pues se convierte, sin que el otro me duela. El dolor compartido produce la proximidad como condición necesaria para ser creyente.

La pregunta que se desprende es necesariamente esta: ¿qué hay que hacer para que el otro me duela? No hay dolor sin cercanía. El contacto supone un saber mirar y aun sonreír. Tal es la ruta hacia la compasión: el test que prueba el amor al otro es el sentimiento que es capaz de sacarnos de nosotros mismos, poner en actitud de salida hacia lo que tenemos que hacer por el otro. Antes de la parábola del Buen Samaritano.

Pablo hizo en la Carta a los Gálatas esta afirmación: "Lo que vale es la fe que actúa por medio del amor (Gal 5,6).La fe es una realidad visible que se nota en el servicio sin dejar ningún detalle por fuera: por eso el samaritano cura y venda las heridas y conduce a su nuevo amigo a una posada e incluso regresa para visitarlo y cerciorarse de que va mejorando. Por eso lo más alto que puede hacer un ser humano en el mundo es vivir en la compasión, que es la forma excelente del amor pues se ejerce aun con el desconocido. Sin compasión nada puede hacerse por el prójimo y por lo tanto es imposible la conversión, que es regreso a Dios por la vía del otro.

Porque para muchos todavía compasión significa lástima o resignación en el sufrimiento, o hacer una lectura piadosa de lo ocurrido al herido, se requiere mantener presente la actitud de Jesús en lo que sintió por el herido por lo que dolía la gente y se conmovía por estar maltratados y abatidos, como ovejas sin

pastor (Mt 9,36). Tal es el milagro de la Pascua que puede empezar en Cuaresma, convertirnos al otro en quien habita Dios.

P. Emilio Betancur Cuaresma 2020.